

El entierro

Cuento por

Arturo Parrilla

Tan extrañamente como se había presentado la primera vez, y durante seis días consecutivos, olvidaba llegar ahora. Era ya la una de la tarde. Generalmente, llegaba a las doce, o poco después, y nunca hubo que esperar ni siquiera hasta el campanazo de la media hora. Si la puerta estaba cerrada, daba en ella golpecitos ~~xpa~~ rápidos, produciendo cierta estridencia menudita con las uñas, erguido sobre sus traseras. Luego entraba, tan pronto Gregorio le abría, y empezaba a correr por la habitación, en vueltas rápidas, saltando, además, como en celebración de algo. Algo que sólo él se sabía. Y tan grande era su contento, que siempre regalaba el saludo con sonrisa franca de todos los dientes, la fina y limpia lengua, rosadita, por fuera de la boca y arqueada hacia arriba alrededor de la punta. No era gran cosa de cuerpo - apenas levantaría ~~xx~~ el vientre unas ~~seis~~ ^{siete} pulgadas sobre el suelo - de suerte que bien podía saltar cuanto quisiera, que muy poco podría derribar. En todo caso, no había allí nada que derribar, al menos por él, limitándose el mobiliario a un catre, una mesa rústica y un banco.

Echado sobre el catre, Gregorio consideraba que aun esto le resultaba demasiado para él solo. También le resultaba excesiva la comida, que ahora esperaba, intocada, sobre la desnuda mesa. Porque se había acostumbrado a compartirla con él, su amigo, y ya no podía disfrutarla solo. Pero él no llegaba.

Desgraciadamente, no era ésta la única ni la primera inconstancia que podría reprocharle. A decir verdad, nunca se había quedado. Devoraba lo que hallaba separado en una escudilla - que ahora esperaba en vano bajo la mesa - se arrimaba unos instantes a Gregorio, en busca de alguna caricia, daba las gracias con el rabo y salía. Gregorio acostumbraba seguirlo hasta la puerta, pero siempre lo perdía de vista al instante de pisar el

batey.

¡Dios, si sólo se hubiera quedado una vez...! Algún calor habría tenido la noche... Y esperando la noche, la horrible tarde del carnaval se habría aliviado... ¡Cuánto tenía que reprocharle! ¿Pero podría acaso? ¿Tendría la oportunidad alguna vez?

Aquella tarde Gregorio regresó a la finca sin haber comido. Y fue más dura que nunca la faena; más dura la mofa de los demás cortadores; la injuria del capataz... Y todo sin el soporte de una esperanza. Sin la esperanza de acercamiento hacia ningún alma. Porque lo había abandonado su único amigo.

El amigo, sin embargo, le guardaba una sorpresa. Justo al terminar el día, volvió a repiquetear con sus uñitas en la puerta. Volvía, sí, tan puntual como siempre, a las doce. Sólo había cambiado de luz. Pero volvía a las doce.

Le abrió Gregorio, lleno de gozo el corazón, como abriéndose el cielo a sí mismo. Y con él penetró, blanca y serena, la acariciante luz de la luna.

Distinto de otras veces, no corrió ni dio vueltas por la habitación. Tampoco se dirigió a la escudilla en busca de comida. Se abrazó, en cambio, a las piernas de Gregorio y con rápidos saltos menuditos le hizo comprender que quería llegarse hasta sus hombros. Lo levantó Gregorio, dichoso como nunca de poder acariciarlo, mas no eran caricias lo que el amigo buscaba. Buscaba hablarle al oído.

Y le habló en un idioma no enunciable que Gregorio comprendió a plenitud.

Todo estaba explicado. Sólo tenía que seguirlo. Seguirlo a dondequiera que sus pasos le indicaran, que sólo bien podía resultar de ello.

Accedió sin vacilación. Cruzó con él el batey - esta vez sin per-

derlo de vista - y sin molestarse siquiera en cerrar la puerta, avanzó por una veredita entre malezas hasta desembocar en el camino real.

Bañada en la blanca luz, la cuesta del camino le pareció más empinada que nunca. Pero todo era extraño aquella noche; pudo subirla sin la fatiga que siempre le acompañaba allí. Y al llegar a la cumbre, vio cómo el amigo abandonaba el camino y avanzaba hacia el pozo situado en la falda del monte inmediato.

No lo vio detenerse en el pozo, sin embargo. Lo vio avanzar muchos pasos más, hasta llegarse a un roble del llano.

Bajo el roble, le mostró una pala, le indicó tomarla y volvió a alejarse, esta vez ~~hacia~~^{hasta} el borde de una pequeña hondonada. Y en el fondo de la hondonada, en uno de sus extremos, empezó a dar vueltas al ver que se le acercaba.

Satisfecho, se retiró a descansar luego, sentado a pocos pasos de aquel extremo. Gregorio cavaba justo en el centro del círculo que le había trazado.

- Míralo. Está ahí cavando - dijo alguien, casi en un susurro.

- ¿Ve usted si era verdad lo que yo le decía? - agregó otra voz, en igual tono.

~~Gregorio~~^{Gregorio} no había escuchado, pero su amigo sí, y al instante se puso en guardia. El diálogo continuó:

- ¿Ve usted el perrito? La madama había dicho que al dueño del entierro lo visitaría seis días corridos, pa' eso del mediodía, y el sétimo a las doce 'e la noche. Esta es la noche. ¡Puñeta, y el tesoro le ha tocao al bobo!

Las ~~últimas~~ últimas palabras las percibió Gregorio. Levantó la cabeza, pero no descubrió a nadie. Creía saber, sin embargo, de quién procedían: acaso del cortador que más lo había mortificado aquella tarde. Aún así,

no vio en ellas aviso de peligro, y continuó cavando sin preocupación.

Ya no tardó en tocar algo duro.

El choque de los dos metales produjo un sonido bitonal: uno agudísimo, el otro grave. Un último golpe, y por accidente dio en la cerradura.

El cofre se abrió de manera inesperada, descubriéndose repleto de antiguas monedas de oro. A la luz de la luna, semejaban multitud de faros mágicos.

Una de las voces, ahora más audible y decidida, sacudió a Gregorio de su arrobamiento:

- ¿Qué, lo va a dejar que se lo lleve, jefe?

Paralizado, Gregorio reconoció a su enemigo del cañaveral avanzando hacia él. Le seguía el capataz, en aquel momento diciendo:

- ¡Al diablo lo mandamos ya mismo!

Como un rayo, el amigo de Gregorio se lanzó al cuello del primero, quien no pudiéndoselo despegar, soltó el machete que llevaba en la mano y dejó escapar un grito horrible. Sólo uno.

Al capataz lo esperó Gregorio, pala en mano. El machete, sin embargo, fue más ágil y en un segundo le atravesó el pecho.

Dos días después, un periódico de San Juan informaba:

"Tres hombres aparecieron muertos en la mañana de ayer en el barrio Guanajal del pueblo..., junto al hoyo que evidentemente se intentó para su fosa.

"La policía investiga confundida las circunstancias del crimen, conjeturando que hay envuelto más de un asesino, ya que difícilmente ~~se~~ habría podido matar uno solo a tres. Informa asimismo no ~~se~~ atribuirle gran importancia al hecho de que dos de los cadáveres hayan aparecido con machetes a su alcance, uno de éstos ensangrentado, y explica que con ello se ha querido dar la impresión de un duelo.

"Mas no paran aquí los misterios del horrendo caso. Que uno de los hombres haya muerto de un machetazo, se explica; tanto más cuanto que el arma asesina se encontró abandonada en el lugar de la tragedia. Pero que los otros dos hayan ~~pa~~ aparecido degollados por lo que se ha querido representar como los dientes de una fiera - minúscula, además -, deja al barrio y al pueblo entero haciendo cruces. Después de todo, no hemos visto pasar por aquí ningún circo en mucho tiempo.

"También da que pensar la presencia del hoyo junto a las víctimas. Se conjetura que acaso los asesinos intentaron sepultar los cadáveres, pero abandonaron su propósito al ver que se acercaba el día.

"No se cree que el móvil fue la intención de robo, puesto que dos de las víctimas, los degollados por la "fiera", aparecieron con dinero en los bolsillos al ~~xxx~~ ser registrados por la policía".

Firmaba la información el corresponsal Eladio Cruz Ibáñez.